



EDIFICIO

Villa
Caracas

42-61

Fotografías del autor

Medellín una fractura arquitectónica

LUIS
FERNANDO
GONZÁLEZ
ESCOBAR

Es famosa y repetida la frase de Zavalita, el personaje de Mario Vargas Llosa en su obra *Conversaciones en la catedral*, en la que se pregunta en qué momento se había jodido Perú. No por utilizada, reiterada y hasta abusada, deja de ser sugestiva y provocadora, de tal manera que se pueda tomar de nuevo y parodiar para preguntar: ¿en qué momento se jodió la arquitectura de Medellín? Eso suponiendo que hubo algún momento previo, una época dorada o de esplendor, tanto en Perú como en la arquitectura de Medellín.

¡Pero qué va! Al menos en este alargado encajonamiento geográfico que llamamos Valle de Aburrá, donde se asientan la ciudad de Medellín y otros centros urbanos aledaños, jamás se ha vivido una época gloriosa donde sociedad, constructores y arquitectos se hayan aunado para que una estética urbana la defina y singularice de tal manera que trascienda en el tiempo, a no ser en pequeños episodios, momentos singulares y actos arquitectónicos excepcionales. La comparación puede sonar algo eurocéntrica y salida de escala, pero como bien lo afirma Héctor Abad Faciolince refiriéndose a Italia, en nuestro medio la belleza natural, al contrario que en el país europeo, ha sido llenada con oprobios humanos, con bajezas culturales de la peor arquitectura y el más torpe desprecio por el paisaje.¹ Tal vez el contraste sea duro o provocador. Aunque, viéndolo bien, no lo es tanto. Basta mirar la ciudad, ya no desde las eminencias agresivas del Oriente de donde los viajeros del siglo XIX contemplaron la bucólica villa “muellemente tendida en la llanura”,

como dicen que dijo el poeta Gregorio Gutiérrez González desde el alto de Santa Elena, sino desde los modernos cerros tutelares de la ciudad contemporánea, especialmente los que miran hacia el agresivo, arrítmico, caótico y confuso perfil del llamado centro tradicional.

El centro de cualquier ciudad en el mundo es su corazón. Su vitalidad o su debilidad muestran, en gran medida, los avances o retrocesos urbanos, las precariedades o bondades del conjunto de la ciudad. Sin duda, el centro se convierte en el gran termómetro de la sociedad, de su cultura y su política, entendidas en el sentido amplio de la palabra. La legibilidad del centro es un indicativo de la lectura del resto de la ciudad. Como es obvio, la arquitectura es parte de ese mundo amplio de la cultura urbana y, por tanto, observar lo que ha sucedido con ella en aquel entorno donde convergen todos los tiempos urbanos habla de la importancia, el valor y la significación que se le han otorgado en cada uno de ellos. Y en el presente, el resultado es un paisaje a manera de colcha de retazos, manteniendo el respeto que se debe por esta producción textil familiar.

Nada más singular y característico de la cultura regional que aquellas famosas obras de costura de las madres y abuelas de antes, en donde convergía la destreza y habilidad de sus manos, con una estética intuitiva y del acaso; suma de fragmentos de telas de colores variados, restos de algunas piezas importantes en su día y colección

ahorrativa para momentos de estrecheces económicas que, con cariño, decoraban las camas en immaculadas habitaciones. Pero incluso este trabajo artesanal tenía una regularidad pese a lo vario-pinto del colorido, lo que no hay en la arquitectura de un centro descosido o parchado. Más que el talento de las abuelas costureras en sus colchas, el centro contiene un zurcido apresurado de unas manos incuriosas, que dejan remiendos en una vieja prenda a la que aún se le ve algo de lustre de algún momento de esplendor.

Pero, más que preguntar en qué momento se jodió esta arquitectura, interesa saber qué causó tan magro resultado. Habría que pensar en una suma compleja en donde se combinaron la desidia de muchos miembros de la clase dirigente por todo aquello que le sucediera de veras a la ciudad en sus fachadas urbanas; la ambición desmedida de rentistas y especuladores del suelo urbano de antes y de ahora, junto con su connatural interés por el dinero y su desinterés por la belleza de las formas; la general falta de sensibilidad estética de quienes definieron obras de infraestructura; la carencia de arquitectura urbana en variados ejercicios de planificación donde el imperativo ha sido la funcionalidad y la movilidad; la incapacidad de ciertos arquitectos (y de su arquitectura) de ir más allá de la obra individual, de tal manera que pudieran crear un conjunto armónico, pues prima en ellos la egolatría formalista; la prominente ineptitud de otros arquitectos con edificaciones que desdican de lo que pueden lograr positivamente en el ejercicio de su profesión, y, simplemente, la obra del mercenarismo constructivo que se tomó a la ciudad desde vieja data. Una acumulación histórica de errores en medio de algunos honrosos aciertos que no logran paliar el deshilachado resultado.

Se puede escribir un diccionario especial acerca de la intervención arquitectónica del centro de Medellín en diferentes momentos históricos, o que se vuelven reiterativos. Más que definiciones abstractas, haremos una descripción de conceptos, principios y acciones que se podrían corroborar al aventurarse con paciencia y cuidado por las céntricas calles. Para ilustrar por qué se jodió el centro de la ciudad, van a continuación algunos ejemplos de lo que se ha hecho, de lo que existe o de lo que se carece.





El centro de cualquier ciudad en el mundo es su corazón. Su vitalidad o su debilidad muestran, en gran medida, los avances o retrocesos urbanos, las precariedades o bondades del conjunto de la ciudad.

Armonía. La armonía visual, atributo especial reclamado a las obras por los arquitectos humanistas del Renacimiento para que la vista gozara —en términos de Alberti—, está ausente en el paisaje urbano. Edificaciones que no atienden a una proporcionalidad, ni a una coherencia intrínseca y su disposición de llenos y vacíos, sino a las lógicas imperantes: una enorme puerta aquí abajo y muchas ventanas allá arriba; pero, más que vanos proporcionados, se trata de simples huecos horadados para que circulen por todos los lados del primer piso los compradores presurosos o para colgar en las alturas las infaltables cajas de

los aires acondicionados.

Arquitectura anodina. Hay edificios que nada dicen. No se puede hablar de una neutralidad arquitectónica buscada, que podría ser un valor de estas construcciones en tanto sirven de fondo o marco a edificaciones contiguas que por eso mismo resaltan. No aportan a la ciudad, a la fachada ni al paisaje urbano. Son piezas sin interés que no reclaman para sí la mirada. Simplemente están ahí, en el anonimato. Son tantos y tan carentes de valor que no tengo un solo ejemplo a la mano.

Cicatrices urbanas I. Es evidente que, al parecer, las heridas urbanas infligidas al centro por la construcción de las vías nunca cicatrizarán. Proyectos que cercenaron el tejido urbano de manera tan contundente



y brutal que, pese al paso de los años, todavía son perceptibles en la fachada urbana: muñones al desgare, fachadas forzadas, culatas al descubierto con huellas de lo que allí quedaba, con lo cual se creó una especie de arte urbano a manera de instalaciones, murales o cuadros abstractos. Rupturas del tejido urbano que separaron lo que era continuo, una barrera vial que determinó la descomposición de la arquitectura residencial y la transformó en una desabrida arquitectura comercial de la premura y el mal gusto. A lo largo de esas vías todavía se ven las evidencias del corte abrupto que no suturaron, o lo hicieron mal, o simplemente quedaron ahí vergonzantes, expuestas como evidencia de lo que hubo y de lo que no pudo ser. En la avenida Oriental, construida hace casi cuarenta años, todavía se pueden apreciar los muros que quedaron del paso de los buldócer y las demoliciones como apresuradas fachadas, algunas en lotes irregulares donde se acomodaron forzadas edificaciones, otras simplemente remendadas, y alguna quedó como soporte de una obra artística, como es el caso de la pintura mural de Pedro Pablo Lalinde (en la esquina noroccidental de la Avenida Oriental con la calle Caracas), que trata de redimir pictóricamente lo que arquitectónicamente ya no está.

Cicatrices urbanas II. En otras vías, sin aún superar las heridas anteriores, al poco tiempo volvieron las intervenciones, para acumular heridas

en las heridas. En la década de 1960 la carrera Bolívar fue ampliada como hito de valorización y progreso. Por allí mismo pasó arrasando el viaducto del Metro en la década de los ochenta, con sus pesadas estaciones que, en lugar de aportar a la estética urbana, restaron, ocultaron o impactaron negativamente. Lo que no había sanado volvió a supurar. Aún se ven evidencias de la primera intervención, y todavía más de la segunda.

Densificación. En el lote donde antes vivía una familia, se decidió que podían vivir en altura ocho familias, luego dieciocho, y así sucesivamente, hasta llegar a ochenta o más. Las casas de patio de uno o dos pisos, las casas quinta de las avenidas de la quebrada Santa Elena, las generosas casas modernas, todas desaparecieron para dar paso primero a los edificios de renta en los años cuarenta del siglo xx, a los de propiedad horizontal en los años cincuenta y sesenta, y, entre finales del siglo xx e inicios del XXI, a las torres de apartamentos de muros vaciados, cuya vertiginosa construcción se hace a la misma velocidad de la rotación del capital de los inversores. Pero aquellos apartamentos de décadas atrás eran generosos en espacios; los de hoy son una miniatura en altura. Antes había espacialidad y distribución; hoy, una rígida rejilla. Hoy muchas familias comparten como acceso el mismo andén que disfrutaba con solaz una sola hace décadas. Todo se densifica: el número de ventanas y la tristeza de ocupar menos espacio en el mismo lote.

Enmascaramiento. No importa la calidad del edificio, igual se cubre. Como todo es posible anunciarlo, igual todo se puede acomodar sobre las fachadas. Las formas arquitectónicas son suplidas por las vallas publicitarias de hombres y mujeres desnudos, aunque en muchos casos son mejores estas que las insípidas fachadas de vidrio. Pareciera que los publicistas relevaran hoy a los arquitectos en la concepción de la fachada urbana. No sé si esto es mejor o peor. De lo que sí estoy seguro es de la pobreza estética.

Escala. El hombre es la medida de las cosas, de la naturaleza. Eso pensaba Vitruvio en el siglo I de nuestra era. Lo retomó Leonardo da Vinci en su famoso dibujo “Hombre de Vitruvio” y lo expresaron los demás renacentistas. Pero ya no. En el centro no somos medida de nada. La relación sujeto-objeto se pierde. Los andenes y los

espacios públicos son para los vendedores ambulantes. Te pegas con cuanto cubículo, kiosco o construcción ocupa el espacio público. Los edificios no te acogen, te expulsan. Hay pocos lugares donde detenerse con calma en medio del tráfico y del ruido ensordecedor. Las torres son implantadas sin conceder un mínimo espacio, ni siquiera para apreciarlas. ¿Dónde está la arquitectura y su escala en el centro para acoger al hombre?

Funcionalidad. Una casa esquinera en el parque de Bolívar, con su vieja arquitectura de tapia, patio central, teja de barro y ventanas de madera torneada. De pronto deja de funcionar la notaría que ocupaba sus espacios. Un veloz ejército de obreros desmonta techos y deja las dos fachadas sin las ventanas. Los vanos se alargan hasta el nivel del piso. Ya no son ventanas, son puertas. No hay madera torneada ni cornisas; ahora una estruendosa cortina de hierro cubre las puertas. Sucedió hace unas semanas, viene sucediendo hace años. Cada puerta dará acceso a un local comercial. Ya no hay una casa sino muchos locales. Funcionalidad y rentabilidad.

Proyecto sin arquitectura urbana. El paseo urbano de Carabobo fue un hito. Volvió peatonal

una céntrica, congestionada y contaminada vía vehicular. Retornó la vitalidad a la calle pero se sacrificó la fachada. Fue una obra de ingeniería vial pero no de arquitectura urbana. *La calle sin fachada urbana no puede ser espacio público, pero este es entendido por los ingenieros hasta el andén.* Por eso muchos edificios se enmascararon, mientras que otros se demolieron para dar paso a grandilocuentes torres o deplorables obras de cierto gusto *kitsch*.

Proyectos deplorables. ¿Puede un arquitecto ser responsable de una obra sobresaliente, y a pocos metros elaborar otra que fracasa estruendosamente en sus pretensiones? Sí, hay evidencias incuestionables. Basta mirar un proyecto como el reciclaje del antiguo Seminario de Medellín para convertirlo en un centro comercial, cuyo trabajo fue reconocido con premios y con la valoración de la gente, pero cerca está el bazar de Los Puentes, una intervención deplorable pese a las buenas intenciones. Lo que debió servir para mejorar incentivó el deterioro urbano. Una obra ensimismada que no se preocupó por el entorno. Nada de arquitectura y mucho menos de urbanismo.

Marinillo posmoderno. Hace muchos años, con la construcción de Guatavita la Nueva,





se puso de moda en Colombia la arquitectura neocolonial. Una expresión local fue el llamado “Marinillo”, con el trabajo de ornamentación de ventanas y puertas que no tenía la gracia ni la esbeltez del original. Ahora se recarga aún más el trabajo decorativo de la madera, que, sumado a otros excesos formales, crea esta arquitectura que tiene expresiones singulares en alguna fachada del Paseo Carabobo.

Moda. Otro edificio esquinero: calle Sucre con avenida La Playa. En el lugar donde hay un casino más, hubo hace unos años una edificación de una entidad bancaria. Unas estructuras metálicas rojas salían del cuerpo principal, estableciendo un gesto hacia el espacio público. Fue motivo de alabanza dentro de sus formas posmodernas. Pero como todo aquello que es superfluo, añadido y sin coherencia con el resto de la obra, se eliminó, sin dramatismos y sin dejar huella. Arquitectura para el momento, de añadidos gratuitos, como tantas otras que pasan sin dejar referentes duraderos, o que simplemente quedan en el paisaje como anacronismos. Arquitectura efímera y sin trascendencia.

Mutilaciones. Son una forma particular de las cicatrices. Si las cicatrices son el género, esta es una especie, para hablar de una taxonomía urbana. Quedan evidencias esquineras de la manera como la ampliación de las calles mutiló la arquitectura

a tutiplén. Algunas edificaciones quedaron con la fachada original y debieron inventar con prontitud una nueva hacia la calle que fue ensanchada. Son dos tiempos que coexisten mirando en la misma esquina: basta ver la esquina de la carrera Carabobo con la calle Ayacucho, frente al antiguo Palacio Nacional. Una fachada historicista y otra más pobre de ladrillo a la vista, aunque, curiosamente, parece más antigua esta que la original. Así hay muchas edificaciones más, cuya arquitectura fue mutilada para darles lugar a las vías.

Obra solitaria. Por décadas fue una casa de familia, y en otras más recientes fue garaje y depósito de cuanto cosa se requería almacenar por las ventas informales del centro, mientras se decidía su propietario y su destino. La quisieron demoler, aún muchos que posaban de patrimonialistas. Se argumentó que no tenía sentido ya sin el contexto. Sobrevivió y ahí está restaurada pero solitaria la casa Barrientos. La única de todas las casas quinta de la avenida La Playa —la avenida Izquierda y la avenida Derecha—. Los que están fuera de contexto son los edificios vecinos. Hay muchas edificaciones solitarias debido a la descontextualización urbana, lo cual se ha usado como argumento para justificar su demolición; pero entre ellas hay una especial que se mantiene pese a las deformaciones: la casa Restrepo en el parque de Bolívar. ¿Acaso ganará el contexto?



Portadas. Se accede por ellas a edificios de casi veinte pisos. Cajones de concreto, con fachadas lisas o de muy pobre factura. La singularidad estética que no tiene el edificio se la vuelcan a estas portadas que forman el paramento de la fachada urbana. Especie de *revival* de casas de “colonización antioqueña”, con su portada y ventana de color rojo, o de “colonial” mexicano, o de otros referentes de arquitecturas regionales o pintorescas. Nada de arquitectura urbana, simple escenografía.

Proporción. “La proporción es una pura creación del espíritu: es la piedra de toque del arquitecto”, según afirmaba el arquitecto moderno Le Corbusier. Es parte también de la armonía. Generalmente pensada entre las partes del edificio, también se debe dar entre edificios, entre las obras contiguas. Pero no puede existir cuando tanta norma cambiada por la presión de los intereses, o aprovechada por la rapiña inmobiliaria, determina en una sola cuadra una diferencia de proporciones inauditas: aquí de dos pisos, allí de cinco, más adelante de doce, luego con diecisiete, en medio de garajes y de otras caries urbanas. Una carencia absoluta de armonía, de ritmo y de proporción, triada fundamental para una arquitectura urbana más serena y equilibrada.

Repetición. Repetir hasta la náusea una forma. Eso fue lo que logró la simplificación de la arquitectura internacional, también conocida

como funcional. Los mismos prismas de concreto en cualquier parte, sin ton ni son. También los prismas de fachadas de vidrio, espejos donde se mira la fealdad del contexto, risa burlona de las caries urbanas. Repetir, repetir y repetir el mismo modelo es lo que han aprendido a hacer los promotores inmobiliarios. Alguno, incluso, se atrevió a construir en dos lugares distintos de la avenida La Playa el mismo diseño, acomodando una de las versiones a un lote más pequeño.

Este no es un diccionario completo ni complejo, pero tal vez sea una manera de aproximarnos a la suma de factores que definieron tantos elementos que jodieron la arquitectura del centro urbano de la ciudad Medellín, pero, si el corazón está así, ¿cómo estará el resto? ¿Acaso podrá ser distinto? ■

Luis Fernando González Escobar (Colombia)
 Profesor Asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

Notas

¹ Señala el autor: “Lo curioso del espacio italiano, de su geografía, es que la belleza natural no ha sido llenada con oprobios humanos, con bajezas culturales de la peor arquitectura o el más torpe desprecio por el paisaje”. Héctor Abad Faciolince, “Fratelli D’Italia”, en: *El Espectador*, Bogotá, núm. 36.064, 11 de abril de 2013, p. 17.